



*La Virgen de la Esperanza* (Madonna del Parto), capilla del cementerio, Monterchi

Has salido de Arezzo. Has tomado un camino rural, entre viñas y olivos. Has llegado a Borgo Sansepolcro, y después a Monterchi, un pueblecito en el límite entre Toscana y Umbría, donde el paisaje italiano se vuelve de pronto menos risueño. Has recorrido otros dos kilómetros por un camino aún más estrecho, bordeado por tejos y cipreses, desierto. Has llegado hasta el cementerio. En el extremo del cementerio, hasta la capilla. Te ha recibido un anciano guarda hueraño, al que has debido repetir varias veces que has venido a visitar su iglesia. Has insistido. Ha refunfuñado. A regañadientes, ha terminado por elegir una llave del enorme manajo que llevaba en el cinturón. Y allí, milagro: al otro lado del pórtico, en ese lugar recóndito, oscuro, en esa iglesia de pueblo donde esperabas encontrar un humilde reclinatorio, algunos bancos, por supuesto una cruz, una Virgen pintada, te ha atrapado el esplendor de este fresco. Todo Piero della Francesca está aquí. Su sentido del espectáculo y del teatro. Su gusto por la simetría. Los dos ángeles que se corresponden a una parte y otra de la cortina de armiño. La apertura y el cierre. La invitación a entrar y, al mismo tiempo, la prohibición. Los colores pálidos, un poco ahogados. Sobre todo ese azul, apenas ceniciento. Las formas, simples. Los rostros, robustos. Y luego esa paz, sobrenatural, que desprende el conjunto de la escena.



*Retrato de Battista Sforza (Díptico de los duques de Urbino),  
Uffizi (Florencia)*

Ahora, esta figura. A esta figura la conoces. Te dices: «Sí, por supuesto... Battista Sforza..., la esposa de Federico de Montefeltro..., retrato de corte..., mecenazgo..., un homenaje, como tantos otros rindieron los pintores del Renacimiento, a una princesa amiga de las artes...». Solo que si te acercas, si observas ese rostro ceroso, casi amarillo, que tiende a confundirse con el amarillo de las nubes que están detrás, si observas el cielo, sobre todo, y el paisaje, si te fijas en esa campiña ocre, desolada, que colorea el fondo del cuadro, de repente te encuentras perdido. No se parece en absoluto a Urbino, eso está claro. Pero tampoco es Borgo Sansepolcro. Ni ninguno de los lugares religiosos en los que el artista podía haberse inspirado realmente en aquella época. Y el hecho es que, frente a esa campiña seca, frente a esas colinas cónicas, frente a esas pendientes áridas y pedregosas, frente a esos árboles delgados, plantados en el propio pedregal y que, repito, no recuerdan a nada conocido, la única comparación que se impone es la de los paisajes imaginarios de Max Ernst y de Miró. Piero della Francesca, evidentemente, no es el precursor de los surrealistas. Pero, como los surrealistas, y antes que ellos, instala a sus personajes en decorados extraños, casi falsos, y que se parecen a los de un planeta desconocido. Paraísos inquietantes. Cielo descendido sobre la tierra. Piero della Francesca, pintor abstracto.